

Alexandre Dumas

Adapt. de **Jesús Cortés**





1 El caballero de Meung

El primer lunes de abril del año 1625, en el hostal de la aldea francesa de Meung se armó un alboroto tan extraordinario que media aldea creyó que había estallado una revolución. Un forastero acababa de llegar montado en un rocín viejo, de pelaje amarillento, patas peludas y sin crines en la cola. Parecía una jaca. El forastero, un joven gascón con la cabeza cubierta con una boina adornada con una especie de pluma, vestía un jubón de lana de un azul descolorido. Llevaba una espada colgada de un tahalí de piel. Su rostro alargado mostraba astucia e inteligencia, gracias a unos pómulos recios y unos ojos de mirada despierta que ahora observaban a los aldeanos de Meung haciendo caso omiso de los comentarios que desper-

taba su rocín. El forastero se llamaba D'Artagnan, y viajaba hacia París con el deseo de convertirse en un mosquetero de la guardia real.

D'Artagnan no pudo escuchar las carcajadas que salían del hostal, hasta que puso pie a tierra y se dirigió a su entrada. Dos hombres no dejaban de reír mientras, sentado en una ventana, un tercero bromeaba refiriéndose al rocín amarillento y al forastero que vete a saber de dónde había salido. Enseguida, D'Artagnan le dedicó una breve mirada. Se trataba de un gentilhombre alto, de gesto orgulloso, ojos negros y penetrantes, nariz prominente, bigote negro, y que mostraba una cicatriz en una sien. Vestía un jubón elegante y calzas de color violeta que le aportaban un aire distinguido, difícil de encontrar por aquellas tierras. No obstante, D'Artagnan, que por su carácter orgulloso no soportaba las insolencias, no tardó en exigirle explicaciones.

-¡Eh, caballero! -dijo tras haber entrado en el hostal-, ¿podéis contarme de qué habláis, y así podré reír yo también?

- -No hablaba con vos -se limitó a contestar el desconocido.
 - -Pero yo, sí.
- -Si es reír lo que deseáis -continuó el otro-, será suficiente con que miréis vuestro caballo... o lo que sea eso que montáis. Tiene un color bastante curioso, tratándose de un caballo, ¿no creéis?



- Debéis saber, caballero, que, como buen gascón que soy, no soporto las burlas ni que nadie se ría de mí.
- –Así que sois gascón, ¿eh? Pues debéis saber que yo río cuando quiero, muchacho.
- −¡Y vos debéis saber que de mí no se ríe nadie si yo no quiero!

D'Artagnan desenvainó la espada y lanzó una estocada que el desconocido esquivó de un salto. D'Artagnan estaba decidido. Si el desconocido no atendía a razones, ¡que hablaran las espadas! El desconocido desenvainó, saludó a su adversario y se puso en guardia. D'Artagnan sonrió, confiado y dispuesto a todo, pero sin darle tiempo a nada, ya que, de súbito, se vio sepultado bajo una lluvia de garrotazos, puntapiés y zarandeos que lo sorprendieron a traición mientras se preparaba para llevar a cabo su segundo ataque. El hostelero y los dos hombres que reían momentos antes le habían caído encima como una lluvia de golpes. Fue entonces cuando media aldea, al escuchar el estrépito, acudió al hostal alarmada por el alboroto.

-¡Cobardes! ¡Traidores! -decía D'Artagnan haciendo ostentación de su tozudez-. Os mataré a todos, ¡si es que dejáis que me levante, malditos!

Un tanto decepcionado, el gentilhombre envainó la espada y se quedó contemplando cómo los otros tres acababan de aporrear a D'Artagnan. Con la es-

pada partida de un garrotazo, una herida en la cabeza y cosido a golpes, el gascón acabó casi inconsciente.

-Llevadlo a la cocina -dijo el hostelero mientras los aldeanos comenzaban a asomar por las ventanas y la puerta principal.

El gentilhombre pareció contrariado al verse observado por tanta gente. Unos minutos después, el hostelero volvió a su lado.

- -¿Su Excelencia se encuentra bien? -preguntó al desconocido.
 - -Perfectamente. ¿Y ese gascón?
- -Ha acabado desvaneciéndose y lo hemos subido a una habitación. Encima no llevaba más que unos escudos que le han caído de un bolsillo, y también una carta para un tal «señor de Tréville, capitán de los mosqueteros».
- -¿Un tal «señor de Tréville»? –se sobresaltó el desconocido, consciente de que el capitán de los mosqueteros, aquel señor de Tréville, era la mano derecha del rey. Pensativo, se acarició la barbilla—. ¿Y qué decía la carta? –preguntó a continuación, con disimulada despreocupación.
- -No lo sé, señor -contestó el hostelero-. Se ha quedado en la cocina, junto con los escudos, pero...
- -Por cierto, ¿está listo mi caballo? -lo interrumpió el desconocido, interesado y deseoso de saber qué podría decir aquella carta dirigida a la mano derecha del rey.

- Su caballo está preparado desde primera hora, señor –dijo el hostelero.
- La cita que espero no tardará en llegar, y debo partir de inmediato. Comprobadlo todo.
- Lo haré ahora mismo. –Y el hostelero salió como un rayo hacia el establo.

Unos minutos después, D'Artagnan recobraba el sentido. Cuando lo hizo, se palpó la cabeza. Le dolía. La tenía vendada. La habitación le daba vueltas. Pero era tozudo el gascón. La ofensa recibida merecía un castigo. De él no se reía nadie. Y no iba a quedarse en aquella cama en la que lo habían dejado mientras su adversario se largaba sin más ni más. Así que D'Artagnan bajó a la cocina tambaleándose, sin fuerzas y, lo que era peor, sin espada.

Cuando llegó, es necesario aclarar que al límite de sus fuerzas, lo primero que vio a través de una ventana fue al bribón del bigote negro mientras hablaba tranquilamente con una dama muy bella que se hallaba en el interior de una carroza magnífica.

- Así que Su Eminencia me ordena volver a Inglaterra, y avisarlo si el duque abandona Londres
 decía ella.
- -Exactamente, Milady -contestó el desconocido-. El resto de las instrucciones se encuentran en esta caja que solo deberéis abrir al otro lado del canal de la Mancha.
 - -;Y a vos? ;Qué os espera?

-Vuelvo a París -contestó el desconocido al tiempo que subía a su caballo.

D'Artagnan, que lo había oído todo, se lanzó enfurecido hacia la puerta.

−¡No, no escaparéis! −bramó−. No, en presencia de una dama, ¡si es que os queda honor!

- -¿Quién es ese? –preguntó sin demasiado interés la dama.
- -Un gascón con deseos de empuñar la espada-contestó el desconocido.
- -Pues no tenemos tiempo para espadas -continuó ella-. Cualquier retraso podría echarlo todo a perder.
 - -Tenéis razón. ¡Partamos de una vez!

El cochero de la carroza fustigó a los caballos con fuerza, y rápidamente la dama y el gentilhombre se alejaron cada uno por su lado.

-¡Paga lo que sea! -ordenó el gentilhombre a su lacayo, quien lanzó unas monedas de plata a los pies del hostelero antes de salir al galope tras su señor.

-¡Cobarde! ¡Miserable! -gritaba D'Artagnan co-rriendo tras ellos.

Las fuerzas no tardaron en fallarle. Toda la claridad del día se ensombreció ante sus ojos, y cayó en medio de la calle antes de perder el sentido por segunda vez.

Cuando despertó, del desconocido y de la polvareda que había levantado camino de París ya no quedaba ni rastro. Dos días tardó el gascón en restablecerse del incidente que había herido su orgullo. Sin embargo, su indignación no hizo más que crecer cuando en el momento de pagar al hostelero descubrió que en sus bolsillos, sin contar los escudos, no había nada más.

-¡La carta! -exclamó-. ¡La carta de recomenda-ción!

-¿Cómo decís, señor? -se asustó el hostelero.

-¡La carta de recomendación que llevaba para el capitán de los mosqueteros! Me la dio mi padre. ¡La necesito! ¿Dónde está?

El hostelero no supo qué decir. D'Artagnan lo amenazó con llamar a todos los mosqueteros del rey si no aparecía. Pusieron todo el hostal patas arriba, y miles de diablos salieron por la boca del hostelero mientras buscaban la carta perdida.

Hasta que recordó un pequeño detalle.

-¡Ahora lo recuerdo! -exclamó el hostelero-. No, esa carta no se ha perdido. Os fue robada. Estoy seguro.

-¿Cómo? ¿Por quién?

-Por el caballero que os ofendió. Cuando os llevamos a la cocina, la carta os cayó del bolsillo junto con los escudos, y yo le hablé de ella. También le dije que iba dirigida al señor de Tréville. Me preguntó qué decía. Le dije que no lo sabía, porque no soy un fisgón y, tenéis que creerme, no la abrí. Pero el caballero parecía interesado, sin duda.

La imprudencia del hostelero parecía encogerlo por momentos mientras la sangre que corría por las venas de D'Artagnan ardía de rabia.

- -Cobarde, miserable... ¡y también ladrón! -rugió con los puños cerrados.
- -Perdonad mi torpeza. No era mi intención...Lo cierto es que...
- -Olvidadlo-se mostró magnánimo D'Artagnan-. Ese ladrón y yo nos veremos las caras en París, estoy seguro. Por mi orgullo de gascón, que tarde o temprano lo encontraré.

A continuación, pagó un par de escudos al hostelero y continuó el viaje con su singular caballo. Nada entorpeció la marcha. Cuando llegó a París vendió lo que quedaba del caballo, buscó un espadero para que le pusiese una hoja nueva a la espada y alquiló un desván en la calle Fossoyeurs, muy cerca del palacio del señor de Tréville. El incidente de Meung quedó aparcado en su corazón, y, con ánimos renovados, confiado en el presente y esperanzado con el futuro, decidió descansar toda la noche antes de presentarse en el palacio de aquel famoso señor de Tréville, la tercera personalidad más importante de todo el reino de Francia, según le dijo su padre.